

LA TERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

EL MOVIMIENTO CONTINUO.

El amor del hombre á todo lo maravilloso y sorprendente, así como el natural deseo de vencer no solo obstáculos, sino á veces imposibles, han impulsado á muchos á concebir irrealizables y ridículos proyectos y á emprender penosos é inútiles trabajos, aun cuando tienen á su favor la buena fe que los anima. Pero digno es de notar que únicamente pierden su tiempo en esos infructuosos ensayos las personas verdaderamente extrañas á las ciencias, y á las que solo la ignorancia alienta.

Me ha sugerido estos pensamientos la lectura de un artículo del *Porvenir*, periódico de Sevilla, en el cual se encomian los trabajos mecánicos de un tal Palomino, dirigidos á obtener el movimiento continuo con el auxilio de una máquina, que levanta 640.000 arrobas.

No me sorprende que un periódico político se deje alucinar hasta el punto de juzgar hacedero, lo que es irrealizable y un absurdo á los ojos de un hombre científico. ¿Quién dice que sea obligación de un periodista conocer los principios fundamentales de la mecánica? Pero lo que no acierto á comprender es la credulidad y buena fe que ha mostrado en esta ocasion mi respetable amigo el Sr. D. Alberto Lista, al acoger el pensamiento químérico del Sr. Palomino, echando así en olvido los elementos de una ciencia que debe serle familiar.

En este solo año se cuentan tres prodigios en España, que segun ellos han hallado el movimiento continuo, que es como si hubiesen encontrado la piedra filosofal.

Los malos resultados obtenidos en estas investigaciones por tantos que se dicen entendidos en

mecánica no han abierto los ojos á otros muchos, ni les han arredrado á separarse de este camino; antes bien continuan en él hasta que los desengañe del todo la esperiencia; y adviértase que jamás se han ocupado de tales proyectos los sabios, ni los hombres tenidos por verdaderos mecánicos, como supone el *Porvenir*, sino por aficionados á la maquinaria, y que no han estudiado los principios de la ciencia del movimiento: del mismo modo que se han empeñado en hallar la cuadratura del círculo las personas que ni siquiera han saludado el cálculo; porque de lo contrario estarían á su alcance las demostraciones de los grandes géometras, haciendo ver son inconmensurables el radio y la circunferencia.

Para probar cuán absurda es la tentativa del Sr. Palomino, sea cual fuere el mecanismo que haya concebido, lo cual nada importa á mi propósito, no llamaré en mi auxilio á los primeros y mas eminentes autores de mecánica, así racional como industrial, escritores cuya respetable autoridad está completamente á mi favor. Prescindo de lo que han dicho Cristian, Borgnis, el baron Dupin, Poncelet y otros muchos reputados por entendidos en la materia; porque sabido es que todos se lamentan y con sobrada motivo de que pierdan el tiempo y el dinero esos ilusos, ocupándose de irresolubles problemas, quizás por no haberse tomado el trabajo de estudiar los elementos de la ciencia, en lo cual es seguro no hubieran empleado tanto tiempo y hubiesen reportado sin duda mayor utilidad. Recurro solo á la sana razon, porque ella basta y aun sobra para convencer al mas ignorante, de que en vano se inventará máquina alguna, que dé el fruto que el Sr. Palomino se promete.

Si se tiene presente que el movimiento es efecto ó resultado de una causa, llamada fuerza ó potencia, bien pronto se echará de ver que

para que sea aquel continuo, se requiere que tambien esta lo sea; porque si bien es cierto que una vez recibido un impulso cualquier cuerpo no debiera cesar en su movimiento, no lo es menos que las resistencias constantes é inevitables como el rozamiento, etc., obrando de continuo aniquilan mas ó menos tarde el movimiento, y por lo tanto si ha de continuar es indispensable renovar la accion.

Ahora bien ¿es dable al hombre por medio de una máquina crear ese poder que obre incessantemente, como la gravedad en la corriente de los rios? Locura es pensar que un mecanismo, que no es otra cosa que un conjunto de piezas de madera, de cobre ó de hierro, cuerpos completamente inertes, se convierta en una fuente inagotable de fuerzas, desde el momento en que se colocan aquellas en tal ó cual disposicion. En una palabra, no parece sino que de los poros de la madera ó del hierro han de brotar entonces esas fuerzas, a la manera que de los peñascos brota de continuo el agua en las montañas. Es un axioma que de la nada nada se hace. De los cuerpos que no tienen fuerza, no puede salir fuerza alguna. Gran error es figurarse que las máquinas producen ese poder. De la naturaleza y no de ellas nacen los motores. ¿Las fuerzas musculares del hombre ó de los animales, la del vapor, la del viento etc., están acaso ocultas en las benditas duras de los órganos de algun mecanismo? Pero si no dan ni crean estos potencia alguna ¿para qué sirven? cuál es su utilidad? Hé aquí la pregunta que hacen generalmente las personas estrañas á la ciencia del movimiento, cuando sostienen que los aparatos mecánicos poseen la particular facultad, bien de crear, bien de aumentar las fuerzas que sean menester. Ignoran que el objeto de estos se reduce á transmitir, modificar ó trasformar el movimiento y contribuir por este medio al *mayor efecto útil*, favoreciendo el modo de obrar de los motores sin que por esto les sea lícito traspasar los límites, que la naturaleza les tiene señalados; antes bien perdiendo en estas trasmisiones el valor que representan las resistencias pasivas.

El grave error en que incurren las personas que no han saludado la mecánica, al pensar que las máquinas nos proporcionan toda la accion que apetecemos, proviene en mi concepto de no haberse detenido lo suficiente á examinar sus elementos constitutivos. Oly-

dan que refiriéndose á esta por sus efectos, y entrando en ellos la masa del cuerpo en movimiento y la velocidad de que está animado, no es posible separar uno de otro elemento, si se quiere averiguar su valor. Así, desde el instante en que tan solo fije cualquiera la atencion en uno de ellos para medir la fuerza, no puede menos de hacerse grandes ilusiones y cometer errores de no poca consideracion.

Vemos por ejemplo levantar con el auxilio de una palanca ó de otro mecanismo una piedra de 400 ó de 200 arrobas, lo que no conseguimos sin valernos de este ú otro medio mecánico, y concluimos equivocadamente de aquí, que él nos ha prestado una fuerza de que antes carecíamos. Tal es el argumento que comunmente hacen las personas no doctas en estas materias, y que con efecto suele muchas veces deslumbrar. Pero viene por tierra, si se observa que cuanto hemos ganado con la máquina en la masa ó peso levantado, lo hemos perdido en el espacio que ha recorrido la piedra y por lo tanto en la velocidad. Con efecto, cuanto mayor sea el brazo de palanca de la potencia con respecto al de la resistencia, tanto mas está favorecida aquella; pero en cambio tiene que describir un arco muy considerable, mientras la resistencia describe uno sumamente pequeño; por manera que se ha perdido en tiempo lo que se ha aventajado en masa. Así, pues, con el auxilio de las máquinas no se hace otra cosa que aumentar un elemento de la fuerza á espensas del otro, sin que por esto deje de ser este cambio de grandísima utilidad, pero siempre quedando intacta la verdadera fuerza. Este es en el fondo el principio conocido con el nombre de las velocidades virtuales, y en el cual estriba toda la mecánica del celebre Lagrange. Raro es que no lo tuviera presente en aquel momento el Sr. D. Alberto Lista. Los límites del periódico no me permiten tratar esta materia con la detencion que ella se merece; lo cual reservaré para cuando entren en la cuestion las personas interesadas, bastandome entre tanto lo dicho para probar lo desahortado que anda el Sr. Palomino buscando el movimiento continuo por medio de mecanismos ó aparatos.

J. R.

LA REDACCION DE UN PERIÓDICO LITERARIO.

*Stultorum multus est numerus,
Evolantes.*

Desde la hora del amanecer se encuentra embes-
tida la redaccion de un periódico literario por una
terba multa de poetillas que á la mia sobre la tuya
intentan que los patos de su ingenio salgan á la
luz del sol para admiracion de las gentes.

Esta plaga de falsos devotos del rubicundo Apolo
ha sido muy comun en todos los siglos, por aquello
de que los tontos sobran en todas partes. Un in-
genio español, y muy docto por mas señas, lamen-
tando los males que causaban á la buena poesia es-
tas turbas de vándalos, alanos, godos, ostrugodos,
visogodos y otros barbaros, peores aun que los que
descendieron del Norte para espanto de las ciencias,
decia estas juiciosas palabras: «Quien ve á un pa-
to con sus plumas, sus alas, su pico, sus dos pies y
todos los menesteres de pájaro no dira sino que
vuela. Ver á estos con su par de sonetos en la
faltriguera, un romance en el pecho, sus cuatro de-
rmas en la mano y su equivoquito en el pie, per-
suádense que van y vienen al Parnaso. Mas di-
ganles que vuelen. No hay pato como ellos.»

Pues bien: del numero de estos patos son por la
general aquellos que acometen las redacciones de
los periódicos literarios con sonetos, odas, octavas,
létrillas y una caterva de composiciones pesadun-
das, capaces de poner espanto al mismo diablo.
Quien se presenta al encargado del despacho, llena
la boca de una risita de miel, pidiendele con muy
cortesos razones que tenga la bondad de insertar
en la *Tertulia* una oda á doña Juana en sus *benévolo*
y apacibles dias, cuando la tal oda por lo pedestre
de su estilo, bien puede caminar á pie, no digo
desde aqui á Roma, sino hasta Pekin. Si no, la
prueba al canto.

Te felicito en tus hermosos dias
Con el primer albor de la mañana,
Hoy que estás toda llena de alegrías:
Pues naciste feliz ¡oh doña Juana!
Si, doña Juana!

Has de saber que tus ingratos ojos
Con su mirar donoso y hechicero
Me han cautivado el pecho (sin enojos)
Y por eso y por eso yo te quiero.
¡Ay si te quiero!

Y aun por eso bendigo aquel instante
En que te dió la vida el justo cielo;
Y así para tu uso en adelante

Te regalo, mi bien, este pañuelo.
¡Ay si pañuelo!
Ten compasion del infelice vate
Que aqueste don te ofrece lisonjero:
Por ti mi corazon ¡oh ¡ah! late:
Por ti mi dulce iman yo ya me muero.
¡Ay! si me muero!

Y en este iman están tan tanteadas
Las pasiones por quien tanto deliro,
Que por verlas por siempre ya apagadas
Lanzo ahora mismo el ultimo suspiro.
¡Ay! si, suspiro!

Mas si la compasion en tu razon no habita,
Mira ¡ó cielo! el desvelo de mi duelo,
Y dame, dame, dame una cintita
ó dame, dame un ricito de tu pelo
¡Ay si tu pelo!

Quién por medio de una carta escrita, en vez de
finta con alfiler, suplica á los redactores que á
mas anda saquén á luz en el periódico un canto
épico. *Tigre marino* que por ocho cuartos y dos
maravedis de añadidura, estaba á la espec
publica no ha mucho en la calle de San José, cuando
el tal era tan duro y endemoniado de sus ver-
sos y extravagantes palabras merecia estar sepulta-
do siete estados debajo de tierra. Véase, pues, su
principio:

El tigre marino: canto épico.

Dadle la lira a mi temblante mano.
La espantifera foca ya fulgura
Sus ojos ardentiferos, y humano
El hombre se estremece con cordura.
Tigre voraz, hambriento y muy insano
Á los pees un fin tremendo augura,
Hundiendo en las sus sórdidas entrañas
Raudas anguilas, crudas espadañas.

Mas tiemble el orbe cuando el tigre rujá
Con hórrido é hirviente resoplido:
Ó cuando por querer que el hombre cruja
Da un fugaz y feroc fiero bufido.
Junto al tigre cruel el toro muja:
No se asombra al horrisono estampido:
Que es muy bueno, por Dios, el gran Figal,
Este feroz pescado no hace mal.

Quién con la pedanteria, propia de la ignorancia é
ineptitud, exige formalmente la insercion de unas
quintillas, Horonas á mas no poder, con un ripio en
cada verso, y en fin, de la catadura de estas.

Horas de melancolia.

Yo te adoré (sin enojos)

Hermosa niña (en verdad)
 Me postré (por Dios) de hinojos,
 Rendido (ya) á la beldad
 Que brilla (si) en tus dos ojos.
 Encantado (vive Dios)
 Me tuvisteis (por mi vida)
 Y fuimos (ay si) los dos
 Yo (cabal) la res perdida :
 El lobo (pues) traidor vos.
 No lloreis mas (por mi fe)
 Que me muero (sin cordura)
 Al mirar que vos (no sé)
 (Ay! me odiáis ¡oh qué locura!)
 Y á otro adorais (ya se vé).

Quién por último, creyéndose apto para la sátira, remite á los periódicos literarios unos versitos con el nombre de epigramas, y cuyo chiste está tan escondido que sería difícil hallarlo, aun cuando le echasen hurones para ello. Poetas en fin dando hay versos, que por lo demasiado grandes pueden cubrirse sin reparo alguno delante de la real academia, y donde no se hallan pensamientos sino un retintín de palabras y consonantes, asultan constantemente las redacciones de los periódicos de literatura. Los vates de mala ley no desean otra cosa mas que novedades para con ellas dar ejercicio á sus incansables plumas. Viene á Cádiz un payaso: oda al payaso. Se muere un amigo en la flor de la juventud ó en el invierno de la vejez, elegía en la muerte del joven ó del viejo. Para ahuyentar las terribles peticiones de estos vándalos no hay mas que cara de haqueta, burlas de marca mayor, y desengaños de á folio. Y con todo y con eso la comezon de escribir y de publicar los asombrosos y desdichados hijos de sus volcánicas entendimientos, desafiará á las burlas, á los desengaños y á las caras de haqueta. La locura no tiene cura. Esto dice el adagio, y con tales ejemplos lo confirma.

EL CABALLERO DE LA TENAZA.

LA MADRE Y LA HIJA.

BALADA.

LA MADRE. ¡Por qué estás hija tan triste?

¡Hace dias que tu tez
 se arruga, y de palidez
 tu hermoso rostro se viste.
 ¿Conmigo tienes enojos?
 ¿por qué aflijida me miras?
 ¡ay Leila por qué suspiras?
 ¿por qué humedeces tus ojos?
 Por la salud de tu padre
 dime que pena te aguija;
 no es justo tenga una hija
 secretos para su madre.
 LA HIJA. Señora, es malo querer?
 LA MADRE. Según sea la intencion.
 LA HIJA. ¿Sabe acaso el corazon
 intenciones comprender?
 LA MADRE. ¡La mano del podador
 no guia la virgen viga?
 LA HIJA. ¿Y acaso tiene una niña
 mas guia di, que el amor?
 LA MADRE. ¿Y fue vid tu corazon?
 LA HIJA. Si, que el amor ha guiado.
 LA MADRE. Leila ¡lloras? me has matado!
 ¿te enojaron?

LA HIJA. ¡Ah! perdon.
 Me amaron, correspondi,
 y como las mariposas
 van al seno de las rosas
 al seno del amor fui.
 Me revistieron de galas
 y adornada me quedé
 mas, ¡ay! cuando desperté
 hallé en pedazos mis alas.
 LA MADRE. ¿Y la rosa que incitado
 te habia, de esencias llena?...
 LA HIJA. ¡La rosa! caída en la arena,
 ya se habia deshojado.
 LA MADRE. ¿Leila mía!
 LA HIJA. ¡Compasion!
 ignoré que los amores
 eran las traidoras flores
 que engañan al corazon,
 dame remedio.

LA MADRE. Inocente,
 dile al encendido sol
 que dé el primer rebol
 por el confin de occidente.
 LA HIJA. ¿No le hay?
 LA MADRE. Nubes lucidas
 son purezas, que impulsadas
 pasan rodando agrupadas
 y para siempre perdidas.
 LA HIJA. Luego el amor...
 LA MADRE. ¡Ay! es flor
 del alma, pero se pierde
 su esencia cortada en verde,
 y entonces, espina es amor.
 LA HIJA. ¿Pero puedo todavia
 ser en el mundo feliz?
 LA MADRE. Si supiera tu desliz

LA HIJA. el mundo te escupiría.
 ¡Ay! madre, pierdo el juicio,
 qué, este mundo en su in Clemencia
 el pecado de inocencia
 lo hace pecado de vicio?

LA MADRE. Confundirlo así le plugo
 á la sociedad.

LA HIJA. ¡Señora,
 esa sociedad traidora
 hace de reo y verdugo!
 ¿no peca esa sociedad?

LA MADRE. Por eso leyes ha dado
 para que sea el pecado
 pasto de la vanidad.

LA HIJA. ¿Es posible!

LA MADRE. Atrabiliario
 reza el mundo en su camino,
 siempre lleva el asesino
 al cuello su rélicario.

LA HIJA. Y ese mundo no perdona
 el pecado de inocencia?

LA MADRE. Vive de maledicencia
 y lo que toca lo encona.

LA HIJA. ¿Y el que nació en un establo,
 no perdona?

LA MADRE. Entre los dos
 hay distancia, Dios es Dios,
 y la sociedad el diablo.

LA HIJA. ¿Victima de las pasiones
 qué puedo hacer, madre mía?

LA MADRE. Olvidar la hechicería
 de las vanas ilusiones.

LA HIJA. ¿Sin ilusiones vivir!

LA MADRE. Tú las pudiste guardar.

LA HIJA. ¿Y qué hago madre?

LA MADRE. Llorar.

LA HIJA. No tengo llanto.

LA MADRE. Sufrir.

LA HIJA. ¿Ley cruel?

LA MADRE. Lo es en verdad.

LA HIJA. Es terrible, atroz, impía.

LA MADRE. Pues, hija, esa ley no es mía
 que la hizo en su hipocresía
 la soberbia sociedad.

J. S. P.

EL TEATRO CASERO.

Las ocho de la noche poco mas ó menos se-
 rian cuando el Domingo pasado preguntaba yo en
 cierta calle de esta ciudad por una casa en que

habia comedia de aficionados. Dióme noticia
 el montañés de la esquina, y me diriji á la casa,
 entrando en ella al mismo tiempo que lo ve-
 rificaba una mamá con dos niñas de quince y
 diez y siete abriles, dos muchachos de menos
 edad y un ladrador doguillo.—¿Es aqui, pregun-
 té, donde hay un teatro casero?—Si señor, aqui
 es, me respondió la mamá, y mi hijo es el primer
 galan. Esta noche ceban *el Duque de Visco, el Puñal
 del Godo, la Calcultura y el Amante prestado*. Suba
 usted: es en el último piso.—Sopla! dije para mí, y
 al dar la mano á la jóven de los diez y siete años,
 la aceptó la mamá como si el obsequio hubiera
 sido á ella; y ordenando á las niñas que viniesen
 detrás, sin duda para que yo no pudiera verles
 las piernas, comenzamos á subir uno tras otro, y
 con seis paradas, los cincuenta y nueve escalones
 de una angosta escalera de caracol, que habia
 desde el patio de la casa hasta al templo de las
 hermanas Melpómene y Talía.

A la puerta estaba un jóven muy compuestito,
 quien con la mayor formalidad del mundo nos
 pidió los billetes de entrada. Dile el mio, y la
 mamá le entregó tres nada mas; y como hubiese
 reparo por los dos niños, dijo que llamarán á su
 hijo el primer galan: á cuya voz quedó franca la
 puerta; y atravesando un corredor angosto, dos
 alcobas, una cocina y otro corredor de un pati-
 nillo, nos vimos dentro del salon del teatro, donde
 habia ya mas de la mitad de la concurrencia.

Los bancos no podian contener mas que cua-
 tro personas, y en uno de ellos nos colocó el
 acomodador á los siete, incluso el doguillo, pues
 no contabamos mas que con cuatro billetes. Puesta
 la mamá en la erupia mandó entrar á las dos mu-
 chachas y que se sentáran junto á la pared; si-
 guió ella, y luego me brindó con el asiento de la
 punta del banco, que cercenado tenia en su mitad,
 pues es de advertir que era de muy respetable
 volúmen. Acomodados así, hizo que uno de los
 chicuelos se pusiera entre mis piernas, y que otro
 pasára á colocarse en pié entre ella y la primer
 muchacha, para cuyo objeto me despojó de otra
 buena parte de mi asiento; de modo que me en-
 contré sentado en el filo del banco, teniendo para
 no caerme que hacer punto de apoyo con la
 pierna izquierda. Aun faltaba que acomodar al
 perrito; pero este lo verificó por sí mismo dando
 un salto y colocándose entre mi muslo derecho y
 el izquierdo de la mamá, gracia que esta celebró
 con un cariniito.—Muy bien que estamos esta no-

che! dijome abanicándose á mas no poder.—Sí, mamá, respondieron en coro las niñas y los niños.—Por donde vine en conocimiento de que aun pudiera encontrarme mas mal de lo que estaba, conformándome por tanto con mi estrujada suerte por miedo de otra mas estrujada.

Fueron entrando mas y mas convidados. La sala era pequeña y contendría cerca de doscientas personas. Las sardinas aprensadas dentro de las barricas gallegas no pueden quejarse de su estrechez si la comparan con la nuestra. A la estrechez se agregaba el bullicio, al bullicio el mal olor del excelente alumbrado de esperma de carnero, á este mal olor la pesadez de la atmósfera que pudiera cortarse con un cuchillo, y á todas estas calamidades juntas, la no menos calamitosa tardanza en principiarse la función. Entre tanto me puse á examinar la sala y el teatro: conté las vigas del techo y eran veintisiete, quedando en cobre, segun la cuenta de oro, plata, cobre y nada que hacen las viejas para presagiar si en una habitacion tendrá uno mala ó buena suerte. En las paredes habia ocho candeleros de hojalata, y de la décimacuarta viga pendía una araña tambien de hojalata con banderolas y flecos de papel de color. Formaban la embocadura dos bastidores de papel, y en ellos pintadas con humo de pez, azafran y añil, sendas liras, una con un sol por montera y otra con una luna moquetada y oji-negra.

Suena un penetrante violin acompañado de una guitarra. Cada músico tocaba por su cuenta una que sería sinfonia, pero que á mí me pareció concierto de gatos en luna de enero. Oyése un silbido, y sube entre tropiezo y tropiezo, y á la cuarta vez, de llegar hasta la mitad y dejarlo caer por enroscarse las cuerdas, el telon de embocadura, que era de género de Hamburgo, con esta inscripcion con pretensiones de latina *«ca-nendo, et ridendo, corrijo moros.»* La escena representaba una sala. Los bastidores eran de papel, pintados por el estilo de los de embocadura, y el telon era de lienzo con unas columnas de ocre y negro que se venian á la vista. Matilde estaba sentada en ademan alligido, Ataíde en pié algo separado de ella observándola, segun y como reza la tragedia del duque de Visco en su primera escena.—Silencio! silencio! dicen los concurrentes: se consigue á los cinco minutos, y al cabo de ellos entra representando Ataíde, de una manera que era para oída. Sigue Matilde, que al decir

¿Qué tienta er duques oh Dios!...
y responderle Ataíde:

Ma bien señora

que súrdita saqui os veis,

rompió de muy buena fe el auditorio en un aplauso general, cuyo aplauso fué respondido con un trueno del interior del teatro. La tragedia no pide tormenta, mas esta siguió; cosa que estrané, pero que atribuí á que pretenderian los aficionados aumentar la ilusion escénica; siguiendo en esto lo que suelen hacer algunos actores de profesion, que quitan y ponen en las comedias que representan cuanto les viene en voluntad de hacer.

¿Qué ademanes, qué pronunciacion y que salidas de tono!! El propio Cervantes no sería capaz de poderlas trasladar al papel. Ataíde no se movia de su sitio; sus piés estaban como clavados, sus brazos engarrotados, y la vista fija alternativamente en la mano que movia al compás de cada verso. Matilde tenia cojido como un racimo de uvas el pañuelo blanco bordado, prenda de toda necesidad en esta clase de aficionadas y que les sirve como de muleta para capear las dificultades de sus brazos, que no saben donde ponerlos. No percibí ni un solo concepto de Quintana, y á no haber sabido de memoria casi toda la tragedia, habría creído que escuchaba el Otelo, ó el Pelayo. Pero lo bueno fué, cuando salió el galan representando al conde de Oren. Del empujon que me dió la mamá casi me derribó en tierra.—Ahí está mi niño!... ahora verá usted!... me dijo toda conmovida, y empezó á representar el angelito, que contaba sus diez y nueve años. Para mejor inteligencia pondré primero el testo de la tragedia, y luego el cómo lo dijeron la dama y el primer galan.

Oren. (Saliendo) ¡Matilde!

Mat. Qué escucho? ¡ay Dios! Él es!

Oren. Al fin te encuentro
tras de tanto afanar.

Mat. Oh vida mia!...

Mas no es posible huir, ni hay otro medio
que resistir, sufrir; y si la muerte
llega, morir...

Oren. (á Enrique.)

Sí, te conozco: en tu insensato orgullo
piensas que al verme en tu presencia tiemblo.
¿Yo temblar? Pues tirano ¿soy acaso
quien la ha arrancado del hogar paterno?
Aquí en tu alcázar, á tus mismos ojos,

de tus viles satélites en medio,
y de tu furia entera amenazado
triunfando estoy de tí. ¿No lo estás viendo?

Ella me ama!...

Y se espesaron de este modo; ella de la misma
manera que en la octava de la Concepcion dicen
las niñas la relacion de

¿qué hay bajo de aquella mesa?
el chapin de la condesa,

y él con toda la entonacion de un palomo arru-
llando.

El. Matirde!

Ella. Cascuchos! Ays dios! Er es!

El. Ar fin tan cuentro
trá de tanto funal.

Ella. Or vida mia!...

Ma no er posible huil, ni hay otro medios
que resistil, sufril, y si la muelte
llega, moril...

El á Enrique.

Si, ta conoco, en tu sesanto ólgullo
piensa que ar velme en tus presensia tiemblos.

¿Yo tembla? Pue tiranos ¿soy sacasos?

¿Quién la rancados del dogal paternos?

Aquí en tu alcasas, á tu mismo sojos,
de tu vile satélite semmedios,

y de tu injuria entera amenazados
trunfiando estoy de tí. ¿No lo tá viendos?

Ella máma... (Señol, que ma perdidost!)

Se se er conde de Oren, se que tá viendos!

En efecto se habia perdido: el apuntador calla-
ba; la caja de truenos continuaba moviéndose; y
el atolondramiento estaba en su último punto,
cuando de pronto húndese el tablado, y súmense
como por escotillon Matilde y Enrique entre
grandes alaridos, suyos y del auditorio que á una
se puso de pié. Con el golpe de la gente hacia
la puerta de salida me vi arrollado, y para mas
apuro quiebrase el pié del banco en donde me
encontraba estibado. La mamá da un horrendo
grito, las muchachas lloran, los niños se me agar-
ran de las manos, el dogo suelta su bendita boca
á todo ladrar, y todo esto aumentado con los ju-
ros de los hombres, y los chillidos de las otras
mujeres formaba el cuadro mas acabado del in-
fierno, que jamás ha imaginado cabeza humana.

Ganamos como pudimos la puerta. Yo me
dejé medio faldon del frac enganchado en una
alcayata, la mamá perdió un zapato, una de las
niñas se quedó sin la mantilla; otra encontró un

codazo en la boca, codazo que la hizo escúpír san-
gre, ambos muchachos perdieron las gorras, y se
estravió el mualbadado doguillo, no sin gran
pesadumbre de la madre del galan. No falta-
ba sino que ocurriese algun incendio, pero
no faltó un majadero que gritase: fuego! fue-
go! cuando bajabamos la escalera; de modo
que nos obligó á todos á rodar por ella hasta
dar en la calle, en donde por mi parte bendije á
Dios, como el náufrago cuando pisa la descada
orilla.

¿Y mi niño?—¿Cuál?—El primer galan, me dijo
la señora: ¿qué le habrá sucedido? por Dios,
busquéme lo usted?...—Yo he nacido con estrella
de mansedumbre. No puedo decir á nada que
no, y volví atrás en busca del conde de Oren.
Al cabo de un buen rato pude entrar de nuevo
en el teatro. Pero ¡oh dicha! en medio de tantas
ruínas habia quedado sin hundirse una tabla
del escenario, y sobre esta tabla se hallaba el ga-
lan cuando el hundimiento del castillo de Viseo.
Se habia, pues, salvado en una tabla, y en ella per-
manecia todavía representando al echármelo á la
vista.

Trovadol no me insurteis
si en argo er vivil teneis

estaba diciendo cuando lo llamé de parte de su
mamá. Vinose conmigo tal como estaba; nos
incorporamos á la familia, y por el camino nos
explicó el cómo habia ocurrido semejante catás-
trofe. Un compañero, juzgándose desairado por
no desempeñar el papel del conde de Oren, se
habia confabulado con el apuntador, aserrando
los puntales del tablado; para cuya operacion
habian dicho ser necesario el ruido de los true-
nos á fin de que no se oyese el de la sierra.
Dejélos en su casa, despedime y al quedarme solo
no pude menos de exclamar:

¡Oh desventurado arte de la declamacion espa-
ñola! En estos teatros se forman la mayor parte
de los que inundan la escena nacional. Sin edu-
cacion, sin estudios, sin saber siquiera medio ha-
blar en castellano. toman por vicio lo que des-
pues cambian en carrera, pero carrera en pelo
que se parece á la de los caballos. ¿Cuándo cam-
biará tu suerte! ¿Cuándo los pocos hombres de
verdadero mérito que cuentas en tu seno podrán
lisonjearse con tener á su lado, no actores que
han sido malos artesanos por su engreimiento en

los teatros caseros, sino actores de instruccion ó por lo menos que siquiera conozcan el idioma!

F. S. DEL A.

UN REMITIDO TENEBROSO.

Cierto individuo, muy conocido en Cádiz por sus eruditas ostravagancias, ha creído ver su retrato en el artículo inserto en el número anterior con el epigrafe *Los críticos de Trafalgar*, y nos ha remitido una exótica respuesta: la cual, para solaz y divertimento de nuestros apreciables lectores, insertamos á continuación.—Dice así=

Señores compiladores de la Tertulia: Muy apreciados Sres. míos: Desojado y atormentado en todas las partes de mi cuerpo he quedado con la lectura de *unas quintillas no vulgares* que llenas de un millon de estrujadas majaderías, propias del muy bárbaro siglo nuestro (1), me atribuye F. S. del A. en el número noveno del templete que VV. han querido erigir en Cádiz á las musas, cuando en todas las partes del mundo *civilizado* están *acocceadas* (2).

Los lindones de avería que con sus pasmarotadas corrompen la cultura del lenguaje castellano usando de la sal egíptica y de vocablos egipcíacos, cuando se ponen la carátula y dan al teatro *La Flor de la Cancha*, *Todo es justa que yo me enfude* y *¡Es la chachil!* quedarán displicentes al leer estos renglones por mas que la mosquetería gaditana al escuchar sus babiequees trompeteen (3) de risa con los carillos inflados.

Pero consuélelos el Sr. A. de C. á quien una *Miss* ha traspuesto á la lengua anglicana el *Buscapié* con notas, y un tudesco lo ha traducido en el idioma de Alemania (4) e impreso en la ciudad agermanada de donde suele venir la manteca Hamburgesa.

VV. ahora sean tudescos ahora anglicanos están obligados, como si *montasen la guardia* (5), á insertar en su periódico esta mi respuesta en letra compacta, si es que no saben decir melida, ya que la vanidad de VV. los tiene henchidos como figuras de bálago (6).

Es de VV. seguro servidor que les besa las manos.—*El que tan malamente VV. intitulan don Juan de la Pandereta* (7).

NOTAS.

- (1) Llama tu mordacidad *muy bárbaro* al siglo nuestro: bien lo has juzgado en verdad; porque tú en barbaridad eres, *don Juan*, buen maestro.
- (2) Las Musas *acocceadas* nos dice que están tu voz, y es que á las desventuradas les has pegado la coz.
- (3) Usas por *locura* y vicio del verbo *trompetear*: ¿quién te pudiera tocar la trompeta del juicio?
- (4) Llamaba Mari—Castaña con razon ó sin razon en sus tiempos Alemania á la tudescas Nacion.
Don Juan no quiso ser menos y llamola así tambien, para recordar los buenos tiempos de Matusalen.
Esto no ofende en un punto á don Juan, ni dá mancilla; porque es un vivo trasunto del retrato de gollilla.
- (5) *Montar la guardia*, amiguito, es quebrantar infinito del idioma la pureza; mas eso os importa un pito porque en vos siempre es belleza lo que los otros delito.
- (6) El *bálago* en castellano es la paja del centeno: si fueras don Juan mas bueno te la dieramos á mano.
- (7) Esta firma tan larga y perdurable Me recuerda una cosa memorable. Es á saber: el título siguiente De cierto comediion de Benavente; *No hay en amor fineza mas constante Que dejar por amor su mismo amante.*

EL CABALLERO DE LA TENAZA.